

# EVANGELIZAR SEGÚN SAN JUAN

## Del dicho al hecho

ANTONIO GARCÍA-MORENO

### EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El título de este trabajo, *Evangelizar según San Juan*, lleva por subtítulo *Del dicho al hecho*. Como sabemos es la primera parte del refrán que dice «Del dicho al hecho, hay mucho trecho». Una frase que puede interpretarse como un reclamo para suscitar la curiosidad. Sin embargo, dicho subtítulo expresa con cierta aproximación lo que es evangelizar, según el IV Evangelio. En efecto, podemos afirmar que evangelizar, para nuestro evangelista, consiste en superar lo que ese adagio popular significa, esto es, salvar la distancia entre lo que se predica y lo que se practica, entre la mera ficción y lo que es real.

Por desgracia, es bastante frecuente que las palabras no se correspondan con los hechos. Es fácil decir, pero no lo es tanto hacer lo que se dice. Entonces no hay sinceridad en quien habla, o hay falta de coherencia entre su vida y sus palabras.

En esa línea de autenticidad y coherencia está, a nuestro entender, uno de los fundamentos de la evangelización según San Juan. Pero antes es necesario exponer las razones en las que se apoya dicha afirmación, apenas esbozada. Es preciso analizar diversos aspectos del concepto «evangelizar», para poder llegar a una conclusión sobre aquello que, según nuestro autor, es evangelizar.

Como es obligado, en el estudio de todo tema bíblico, hemos de remontarnos al Antiguo Testamento, donde hunde sus raíces, y desde donde crece, el Nuevo Testamento. Ello no supone que el mensaje cristiano sea una mera consecuencia del Antiguo Testamento. En efecto, al decir Nuevo Testamento afirmamos que se trata de una nueva realidad, la de la Nueva y Eterna Alianza que se realiza con Cristo. Aunque al mismo tiempo hablemos de un factor común: el de Testamento, o Alianza con Dios, que en ambos campos, el viejo y el nuevo, se repite. De ahí que, por una parte, nos adentremos en el substrato veterotesta-

mentario del mensaje de Cristo, pero al mismo tiempo hablemos de la originalidad del Evangelio.

Volviendo al refrán popular antes enunciado, analicemos cuál es el dicho a que nos referimos y pensemos luego de qué hecho se trata. El dicho es el verbo «evangelizar», o lo que es lo mismo, «anunciar el evangelio», vocablo éste que significa, como sabemos, «buena noticia». En efecto, este sustantivo proviene del griego εὐαγγέλιον (*euaggélion*), compuesto de la partícula εὖ (*eu*) y el verbo ἀγγελλέιν (*aggelléin*). Por tanto, evangelizar equivale a dar una buena noticia, comunicar un evento gozoso. En cuanto al hecho, podemos adelantar que se trata de la irrupción de Dios en la historia del hombre para redimirlo y salvarlo.

Como dijimos, hay que remontarse al Antiguo Testamento para entender cuál es el sentido original de evangelizar. El término «evangelio» proviene del vocablo hebreo בָּשָׂר, *bashar*, anunciar, que en la forma piel (בִּשֶׁר, *biser*) significa anunciar una buena noticia. Como es lógico, de entre las diferentes versiones griegas de la antigüedad, nos fijamos en la de los LXX, utilizada por los primeros cristianos a la hora de predicar al mundo griego de entonces. En esa versión vemos que el término «evangelio» (εὐαγγέλιον, *euaggélion*) se utiliza siete veces<sup>1</sup>, mientras que el verbo *evangelizar* (εὐαγγελίζεῖν, *euaggélizein*) se usa veintidós veces<sup>2</sup>.

Casi siempre se trata de anunciar una victoria en la guerra<sup>3</sup>. Lo mismo ocurre con el sustantivo «evangelio»<sup>4</sup>, en cuanto que la buena noticia se relaciona con una derrota del enemigo. Sin embargo, entre esos textos, hay unos pocos casos en los que esa buena noticia está relacionada con la salvación mesiánica<sup>5</sup>. Se observa que, en dichos casos,

1. Cfr. 2 S 4, 10, 18 y 2 S 18, 22. 25 (εὐαγγέλια, *euaggélia*); 2 S 18, 20 (εὐαγγέλιας, *euaggelías*); 2 S 18, 19 2 S 18, 19 (εὐαγγελιῶ, *euaggeliō*).

2. Cfr. E. HATCH-H.A. REDPATH, *A Concordance to the Septuagint*, Graz 1954, v. I, p. 568.

3. Cfr. 1 S 31, 9; 2 S 4, 10; 18, 26; 1 R 1, 42; 1 Cro 10, 9; etc.

4. Cfr. 2 S 4, 10; 2 S 18, 22. 25 (εὐαγγέλις, *euaggélis*); 2 S 18, 27 (εὐαγγελίαν, *euaggelían*); 2 S 18, 20; 2 R 7, 9 (εὐαγγέλιας, *euaggelías*); 2 S 18, 19 (εὐαγγελιῶ, *euaggeliō*). En todos los casos se trata de una noticia referente a la victoria contra el enemigo. Sin embargo en 2 S 18, pasaje donde más se usa el término «evangelio» se trata siempre de la noticia de la muerte de Saúl, que tanto entristeció a David.

5. Cfr. Sal 96, 2 («Anunciad εὐαγγελίζεσθε, *euaggelisesthe*) su salvación día tras día»; Is 40, 9: «Súbete a un monte, alegre mensajero (εὐαγγελιζόμενος, *euaggelizómenos*) para Sión, clama con voz poderosa, alegre mensajero (εὐαγγελιζόμενος, *euaggelizómenos*) para Jerusalén, clama sin miedo. Di a las ciudades de Judá: «Ahí está vuestro Dios»»; Is 52, 7: «Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero (εὐαγγελιζόμενου, *euaggelizómenou*) que anuncia la paz, que anuncia (εὐαγγελιζόμενος, *euaggelizómenos*) las buenas nuevas, que dice a Sión: «Ya reina tu Dios»»; Is 60, 6: «Todos ellos vienen portando oro e incienso y anunciando (εὐαγγελιοῦνται, *euaggelioúntai*) alabanzas a Yahwéh». En este último texto es curioso que los LXX en lugar de alabanzas (ὑμῶν, *utihiloi*) pone salvación (σωτηρίον, *sotêrion*). Como en otras ocasiones, los LXX interpretan al traducir, o son testigo de otras variantes de la época. Sea lo que fuere con esa traducción tenemos un acercamiento a lo que ocurre en el Nuevo Testamento, es decir el término «evangelizar» está siempre relacionado con el anuncio de la salvación.

son pasajes que pertenecen casi todos al Deuteroisías y, por tanto, corresponden a la época postexílica, período en que se inician algunas tradiciones que amplían el horizonte de la Revelación, también en lo relativo a la llegada de Cristo, vislumiéndose así la luz de la Salvación que apunta por el horizonte. Por tanto, al usar el verbo «evangelizar» en relación con la salvación mesiánica, los referidos textos apuntan al sentido del anuncio de la buena nueva mesiánica, significado que será común en el Nuevo Testamento.

## ANUNCIO DE LA SALVACIÓN

En efecto, los hagiógrafos neotestamentarios siempre usan los términos «evangelio» y «evangelizar» para referirse a la Salvación, a la redención y regeneración del hombre realizada con la pasión y muerte, con la resurrección y exaltación de Jesucristo<sup>6</sup>. Ese es el hecho central del «*kérigma*» cristiano, de la predicación primitiva.

Todos los apóstoles, y también todos los discípulos de la primera hora, se distinguen por su afán apostólico y proselitista. Se les ha comparado con brasas vivas que quemaban cuanto tocaban, difundiendo el fuego que Cristo trajo a la tierra y deseaba ardientemente que prendiera en el mundo entero<sup>7</sup>. Y así, en su afán por transmitir el mensaje de Cristo, vemos cómo los primeros apóstoles y discípulos de Cristo recurren a numerosos verbos, sinónimos de predicar o anunciar<sup>8</sup>. Seguía cumpliéndose lo que dice el inicio de la carta a los Hebreos: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios...».

De entre los sinónimos de «evangelizar» se destacan dos verbos por el número de veces que son utilizados: el verbo κηρύσσειν (*kerýsein*, predicar) usado que se usa sesenta y una vez en el Nuevo Testamento, más que el verbo εὐαγγελιζέιν (*euaggelizéin*, evangelizar), que aparece cincuenta y cuatro veces. El otro verbo sinónimo a que nos referíamos es el de μαρτυρεῖν (*martyreîn*, testimoniar), usado setenta y cuatro veces. Este verbo es, por tanto, el más frecuente de los tres

6. Cfr., por ejemplo, Mt 4, 23; 24, 14; Mc 1, 14; 13, 10; 14, 9; Hch 5, 42; 8, 4; 11, 20; Rm 10, 15; 1 Co 9, 18; etc.

7. Cfr. Lc 12, 49.

8. Se han contabilizados treinta dos verbos diversos que aparecen en el Nuevo Testamento para expresar el hecho de comunicar a los hombres la «buena nueva» de la Salvación realizada por Cristo (cfr. G. KITTEL-G. FRIEDRICH, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, Brescia 1969, v. V, cc. 441s).

9. Tenemos también el verbo λαλεῖν (*laleîn*, hablar) que se usa doscientas noventa y ocho veces. Sin embargo, su sentido es más genérico, aunque en San Juan tiene una matización específica, como veremos.

señalados<sup>9</sup>.

En los Sinópticos y en San Pablo, el verbo más frecuente para hablar de la comunicación del mensaje evangélico es el verbo predicar *κηρύσσειν*, *keryssein*. En el texto más antiguo de los Sinópticos, tomado de *Urmarcus*, el Marcos primigenio, aparece el verbo predicar y dice así: «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio de Dios»<sup>10</sup>. Con la predicación, por tanto, se inicia la vida pública de Cristo. Durante la misma, aparece Jesús en muchas ocasiones predicando<sup>11</sup>. Luego al final de su vida en la tierra, también según San Marcos, Jesús dice a los suyos: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura»<sup>12</sup>.

Por su parte, San Juan refiere que Jesús, ya resucitado, dice a sus discípulos: «Como me envió mi Padre, así os envío yo a vosotros»<sup>13</sup>. Otro texto que nos permite afirmar la continuidad entre la predicación de Cristo y la de sus enviados, lo tenemos en San Lucas cuando dice Jesús: «El que a vosotros escucha, a mí me escucha, y el que os rechaza, a mí me rechaza»<sup>14</sup>. Por tanto, la misma actividad que inicia Jesús, la de predicar el Evangelio, es la que han de continuar los apóstoles. Es algo que tienen tan arraigado en ellos que San Pablo exclama: «¡Ay de mí sino evangelizara!»<sup>15</sup>. Será también San Pablo, quien afirme la importancia capital del predicador, al decir que «pareció bien a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación»<sup>16</sup>.

Conscientes de esa verdad, y siguiendo el ejemplo y el mandato de Cristo, la tarea de los apóstoles se inicia con la predicación. Así, San Marcos nos refiere que Jesús elige a los doce apóstoles «para enviarlos a predicar»<sup>17</sup>. En los Hechos de los Apóstoles vemos cómo se inicia la evangelización con la predicación apostólica. San Pedro, en casa de Cornelio, afirma que Jesús les ordenó «predicar al pueblo y dar testimonio de que había sido constituido por Dios juez de vivos y muertos»<sup>18</sup>. En este pasaje se habla de predicar y de dar testimonio con un sentido prácticamente sinónimo, aunque el verbo testimoniar tiene unas connotaciones específicas y nos recuerda el Evangelio según San Juan, como veremos a continuación.

Así, pues, nos adentramos ya en el IV Evangelio. Buscamos en sus

10. Mc 1, 14. Cfr. Mt 4, 17.

11. Cfr. Mt 4, 23; 9, 35; 11, 1; Mc 5, 20; etc.

12. Mc 16, 15. Cfr. Mt 11, 1.

13. Jn 20, 21.

14. Lc 10, 16.

15. 1 Co 10, 16.

16. 1 Co 1, 21.

17. Cfr. Mc 3, 12. Cfr. Mt 10, 6; Lc 9, 5.

18. Hch 10, 42.

páginas el verbo evangelizar y nos encontramos con que nuestro autor no usa nunca ese verbo. Y, además, tampoco habla nunca de «predicar», términos usuales en los demás evangelistas y en San Pablo, según dijimos. En cambio, de las setenta y cuatro veces que aparece el verbo «testimoniar», cuarenta y siete, más de la mitad, se hallan en los escritos joánicos, destacando el IV Evangelio con treinta y tres veces.

Lo cual es más notorio, si tenemos en cuenta que San Mateo usa dicho verbo «testimoniar» sólo una vez, lo mismo que San Lucas, mientras que San Marcos no lo usa nunca. Por su parte, el libro de los Hechos de los Apóstoles lo usa once veces. Además le da una importancia particular, como vemos cuando el Señor, antes de la Ascensión, les dice que serán sus «testigos (μαρτυροί, *martyroí*) en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta el confín de la tierra»<sup>19</sup>.

Es interesante tener en cuenta cómo la evangelización, en otros escritos neotestamentarios, se realiza también a través del testimonio, pues podría parecer que San Juan prescinde de la praxis de los otros evangelizadores e introduce algo totalmente nuevo. Es cierto que en los escritos joánicos se dan perspectivas y planteamientos singulares, pero casi siempre hay una cierta relación con los demás hagiógrafos del Nuevo Testamento. Y, desde luego, nunca se da la menor contradicción con cuanto se contiene tanto en los Sinópticos, como en las cartas paulinas, o las católicas.

Otro elemento común en todos los escritos sagrados es la importancia capital que tiene la palabra como tal. También en esta cuestión San Juan se destaca con el himno al Verbo, a la Palabra, con el Prólogo que abre su Evangelio, una página única y brillante, misteriosa y bella, que la Liturgia siempre ha privilegiado, hasta el punto de ser el colofón final de la Misa durante siglos.

Si evangelizar es anunciar la Salvación a los hombres, es lógico que Dios se sirva del cauce más ordinario que el ser humano tiene para comunicarse, la palabra. En efecto, en ella tenemos el medio con el que se exterioriza cuanto el hombre guarda en su interior. Por la palabra podemos captar lo que alguien guarda en lo más íntimo de su alma. En el caso de Dios ocurre lo mismo, pues el Señor recurre a la palabra para comunicar la buena noticia de su revelación salvadora. Apoyado en esta realidad nos exhorta San Gregorio Magno diciendo: «*Disce cor Dei in verbis Dei*»<sup>20</sup>, trata de conocer el corazón de Dios a través de sus divinas palabras. Una frase que no debemos olvidar nunca, teniéndola siempre presente cuantos queremos penetrar en la grandeza del Señor

19. Hch 1, 8b.

20. *Epist.* 40. PL 77, 706.

para mejor conocerle y amarle más.

Dada su importancia presentamos unas reflexiones sobre la palabra, ese «sello divino que transforma los pensamientos particulares, propios y corrientes de cada hombre, en pensamientos profundos y verdaderos»<sup>21</sup>. Es cierto, cuanto el hombre sueña o imagina, por muy hermoso e interesante que ello sea, de poco sirve si no aflora al exterior y se expresa claramente en unas palabras. La palabra cristaliza el pensamiento, le presta algo más que su ropaje, le da cuerpo. La palabra perfecciona los conceptos, los esculpe, les da forma. De hecho ocurre a veces que lo que hemos pensado y descubierto en nuestro interior, se enriquece mientras hablamos, y se hace más claro, tanto para los otros, como también para nosotros mismos. En el fondo, toda expresión, toda formulación, sea la que fuere, es un símbolo del pensamiento que la palabra traduce exteriormente. En este sentido el lenguaje mismo no es otra cosa que un simbolismo.

Sin embargo, la palabra no es sólo símbolo del pensamiento. Es una realidad en sí misma que da al hombre la posibilidad de participar en un mundo superior, le capacita para actuar más allá de sí mismo. En el caso divino la palabra tiene una fuerza creadora, Dios hace cuanto quiere con sólo decir que aquello se haga. La palabra entonces no es sólo afirmación o enseñanza, es además llamada y mandato<sup>22</sup>. La Palabra de Dios difiere profundamente, por tanto, de la palabra del hombre. Sin embargo, también en este caso, «en la palabra se encierra una fuerza superior»<sup>23</sup>. La palabra, por otra parte, no sólo expresa lo que el hombre piensa, sino que además le hace pensar. Así cuando uno quiere comunicarse con los demás, ha de pensar antes lo que ha de decir. Esto que siempre es necesario, si no se quiere hablar irreflexivamente, es de todo punto imprescindible en la predicación, a la que ha de preceder un mínimo de reflexión personal, a ser posible puestos en la presencia de Dios, o dicho de otra manera, y con palabras del Obispo de Hipona, antes de orador el predicador ha de ser orante<sup>24</sup>. En el mismo sentido, viene a decir Sto. Tomás de Aquino que «ex plenitudine contemplationis derivatur praedicatio»<sup>25</sup>, la predicación deriva de la contemplación.

Al ser la palabra el cauce más adecuado de intercomunicación, su papel en la evangelización, repetimos, es trascendental. En definitiva, el objetivo primero del culto es la comunicación con Dios, hablarle y

21. A. KIRCHGÄSSNER, *La puissance des signes*, Paris 1962, p. 335.

22. Cfr. A. KIRCHGÄSSNER, *o.c.*, p. 348.

23. V. SCHURR, *La predicación cristiana en el siglo XX*, Madrid 1956, p. 116.

24. Cfr. *De doctrina christiana*, IV, 15. PL 34, 103.

25. *Summa Theologica*, II-II, q. 188, a. 6.

escucharle. «La palabra es la forma plenaria de comunicación humana, y Dios ha escogido también y sobre todo esta forma de comunicarse, de revelarse»<sup>26</sup>.

En la vida de Israel la función de la palabra es absolutamente esencial; hubo y hay una referencia continua a la Palabra de Dios<sup>27</sup>. Así, pues, en la tradición del pueblo judío las palabras, más que un medio de comunicación entre los hombres, vienen a ser el modo por excelencia de comunicarse el hombre con Dios. El lenguaje es sagrado por el mero hecho de haber sido utilizado por Yahvéh para revelarse a su pueblo. Por ello la palabra tiene un valor místico<sup>28</sup>. Para los judíos, lo mismo que para los pueblos que le circundaban en la antigüedad, la palabra tenía una eficacia en sí misma. Así, una vez que Isaac ha bendecido a Jacob, esa bendición no puede ser revocada, a pesar de las justas protestas de Esaú<sup>29</sup>. La palabra que designa el nombre tiene sobre éste cierto poder, ejerce en él una especie de posesión. Por eso quien conoce el nombre de una persona, entra en su ámbito personal, tiene sobre ella cierta influencia. Ello explica la prohibición de pronunciar el nombre sagrado de Yahvéh<sup>30</sup>.

La Iglesia se nutre, sobre todo, de la palabra que sale de la boca de Dios<sup>31</sup>. De aquí la comparación que se suele establecer entre la Palabra de Dios y la Eucaristía, que sobre el altar, convertido en mesa, se ofrece a los fieles por medio del ministerio sacerdotal, a través de la Iglesia que no cesa «de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la liturgia»<sup>32</sup>. Esto explica que el desarrollo y renovación de la liturgia sea un fenómeno paralelo al de los movimientos bíblicos, dando la Escritura a la liturgia un sello de validez y autenticidad<sup>33</sup>. Este doble movimiento, bíblico-litúrgico, está sin duda impulsado por el Espíritu Santo, que no cesa de renovar la faz de la tierra<sup>34</sup>.

En esta misma línea afirma J. Gelinau que Biblia y Liturgia son como las dos manos del Espíritu Santo que realiza la obra de la salvación, llamándonos y atrayéndonos mediante la palabra divina, vibrante en la liturgia, hacia el centro del misterio de Dios uno y trino<sup>35</sup>. Bi-

26. L.A. SCHÖKEL, *La palabra inspirada*, Barcelona 1966, p. 31.

27. Cfr. D. BARSOTTI, *La Parole de Dieu dans le Mystere chretien*, Paris 1954, pp. 11 y 323.

28. Cfr. *o.c.*, p. 26.

29. Cfr. Gn 27.

30. Cfr. A. KIRCHGÄSSNER, *La puissance des signes*, Paris 1962, p. 350.

31. Cfr. Dt 8, 3; Mt 4, 4.

32. Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 21.

33. Cfr. A. G. MARTIMORT, en VV.AA., *Parole de Dieu et Liturgie*, Paris 1958, p. 11.

34. Cfr. P. JOUNEL, en VV.AA., *Parole de Dieu et Liturgie*, Paris 1958, p. 17.

35. Cfr. VV.AA., *Parole de Dieu et Liturgie*, Paris 1958, p. 155.

blia y liturgia son para los creyentes, miembros de la Iglesia, los dos términos de un diálogo divino-humano, que parte de la Palabra de Dios y nos conduce a la intimidad de la unión con Él.

Digamos también que si la liturgia se nutre de la Palabra de Dios, ésta se esclarece y se hace eficaz en el ámbito de la liturgia. En efecto, en ningún momento la Palabra de Dios encuentra mayor resonancia que en la celebración litúrgica. De hecho cuanto en la Palabra de Dios se anuncia, se realiza en la liturgia, de modo pleno en algunos aspectos, y de forma incoada en otros, adelantando en cierto modo, el cumplimiento escatológico y definitivo de la salvación. Así, pues, en la Biblia se nos relata el drama, en la liturgia lo vivimos<sup>36</sup>. Por otra parte, la presencia de la Biblia en la liturgia es una manifestación de fe en la verdad fundamental de que sólo a través de la Iglesia nos llega la Palabra de Dios, de forma segura y auténtica. Se cumple así aquello que se repite en el Apocalipsis: «el que tenga oídos que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias»<sup>37</sup>.

No obstante lo dicho, no debemos exagerar el valor de la palabra, hasta el punto de querer darle una índole cuasi sacramental. «La predicación es solamente una gracia externa, una ocasión, de que Dios se vale, también para ofrecernos su gracia y para otorgárnosla realmente, siempre que no le pongamos obstáculo»<sup>38</sup>. Y el obstáculo puede venir, no sólo de quien escucha, sino también de quien predica. Si este no vive, o al menos lucha por vivir, aquello que predica, su palabra se perderá de ordinario en el vacío. En el caso de la predicación cristiana se exige al predicador entrega a la palabra. La predicación «no es un discurso sobre una cosa, sino un testimonio sobre Jesucristo y sobre su revelación acerca del Padre. No es posible predicar sin esforzarse por vivir lo que se dice, en contraposición con el acto de filosofar, que puede ser auténtico sin que afecte a la existencia del predicador»<sup>39</sup>.

En esa línea se sitúa San Juan al dar la supremacía al testimonio. En definitiva, pone el acento en algo que es fundamental en la evangelización. En efecto, la predicación del Evangelio «no es un discurso sobre una cosa, sino un testimonio sobre Jesucristo y sobre su revelación acerca del Padre. No es posible predicar sin esforzarse por vivir lo que se dice, en contraposición con el acto de filosofar, que puede ser auténtico sin que afecte a la existencia del predicador»<sup>40</sup>.

Y es en este sentido en el que San Juan aporta matices, que enriquecen el concepto sobre la proclamación de la Palabra. En primer lu-

36. Cfr. F. COUDREAU, en VV.AA., *Parole de Dieu et Liturgie*, Paris 1958, p. 197.

37. Cfr. Ap 2, 7. 11. 29; 3, 6. 13. 22.

38. V. SCHURR, *o.c.*, p. 119.

39. Cfr. *o.c.*, p. 142.

40. Cfr. V. SCHURR, *La predicación cristiana en el siglo XX*, Madrid 1956, p. 142.



gar, observamos que el término griego λαλεῖν (*laleîn*, hablar), aparece bastante más en el IV Evangelio que en los Sinópticos<sup>41</sup>. Este verbo griego tiene en el lenguaje religioso un significado noble: publicar un mensaje divino<sup>42</sup>. En el griego bíblico es uno de los términos que expresan la revelación divina, realizada a través de los profetas y, sobre todo, a través de Cristo, el Verbo de Dios. Un texto, entre otros, que lo confirma, es el comienzo de la epístola a los Hebreos: «Muchas veces y de muchos modos habló (αλέσας, *lalésas*) Dios en el pasado...». Entre esos modos de hablar, vimos cómo destaca el verbo predicar<sup>43</sup>.

Basados en este y otros datos, que no vamos a detallar, algunos han dicho que los Sinópticos, al considerar que Jesús predica y los apóstoles también, insisten en que el ministerio apostólico es continuación del ministerio de Cristo. En cambio San Juan, aún admitiendo que es así, pone el acento en la intimidad que ha de existir entre el Señor y sus discípulos, aquellos que le aman y guardan su palabra<sup>44</sup>. Repetimos que esto no significa que, según San Juan, los discípulos no tengan la misión de transmitir el Evangelio y proclamar la salvación traída por Cristo<sup>45</sup>. Sin embargo, para nuestro autor, los Apóstoles son, sobre todo, aquellos que le aman, los que escuchan sus palabras y las guardan en su corazón<sup>46</sup>.

Ello no significa que Juan presente al apóstol como un hombre sumido en la contemplación. No, San Juan recuerda que lo mismo que a Cristo le había enviado el Padre, así Jesús les enviaba a ellos al mundo, donde debían permanecer<sup>47</sup>. Por otra parte, el Señor les había dicho que como le habían escuchado a Él, también escucharían a ellos<sup>48</sup>. No obstante, según San Juan, la acción del Espíritu Santo, más que a la predicación, está dirigida a la consecución de una mayor intimidad con Jesucristo, por medio de una más honda comprensión de su palabra: «Cuando venga aquel, el Espíritu de verdad, os guiará

41. Así tenemos dicho término 26 veces en Mt, 21 en Mc, 31 en Lc, y 60 en Jn. Otro término destacable en nuestro tema es el de λόγος (lógos, verbo o palabra), que en Mt se usa 33 veces, 24 en Mc, 33 en Lc y 40 en Jn. Cfr. M. GUERRA GÓMEZ, *El idioma del Nuevo Testamento*, Burgos 1981, pp. 200-201.

42. «... publier un message divin» (J. DUPONT, *Essais de Christologie de S. Jean*, Bruges 1951, p. 20. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *La passion de Jésus selon l'évangile de Jean*, Paris 1986, p. 68.

43. Cfr. M. GUERRA, *o.c.*, p. 196.

44. Cfr. Jn 14, 23-24.

45. Cfr. Jn 17, 20.

46. Cfr. D. BARSOTTI, *La parole de Dieu dans le Mystère chrétienne*, pp. 327s.

47. Cfr. Jn 17, 15.

48. Cfr. Jn 17, 18. 20.

49. Cfr. Jn 16, 13.

hacia la verdad completa...»<sup>49</sup>. De ahí que la teología de la palabra, en nuestro autor, es más una teología de la vida espiritual, que una teología de la predicación<sup>50</sup>.

Según esto, se podría pensar que el IV Evangelio propugna una proclamación de la Palabra, dirigida sólo a unos cuantos privilegiados, sin una preocupación apostólica y en orden a la expansión de la Iglesia. Pero no es así. Más bien se trata de conocer y amar la palabra de Cristo de manera más rica y profunda, con un conocimiento lúcido y un amor pleno que se remansa hasta rebosar y brotar como una fuente caudalosa, esa fuente de que habla el Señor al decir que el agua que él nos dará se convertirá en «una fuente que salte hasta la vida eterna»<sup>51</sup>.

En efecto, el amor por Jesús es un amor difusivo y, por tanto, apostólico y proselitista. Lo vemos claramente en el relato joánico de las primeras vocaciones apostólicas. Los dos primeros que encuentran a Jesús, enseguida lo dan a conocer a Pedro y a Felipe. Éste, por su parte, provoca el encuentro de Natanael con el Señor<sup>52</sup>. Era el inicio de un apostolado imparable, del testimonio que proclamarán al mundo entero. Siguen así el ejemplo de su Maestro que, como replicó a Caifás, él habló siempre públicamente (*παρρησία*, *parresía*)<sup>53</sup>, en las sinagogas y en el Templo, donde quiera que se reuniesen los judíos. En efecto. San Juan insiste en la universalidad de la proclamación del mensaje cristiano. Así lo vemos también en el Calvario cuando refiere cómo el título de la Cruz estaba escrito en los tres idiomas más difundidos de entonces, el arameo, el griego y el latín, detalle que omiten los otros evangelistas<sup>54</sup>.

Lo mismo que actuó el Maestro, así han de actuar los discípulos. Y el Maestro, el Hijo de Dios hecho hombre, el Dios Unigénito que está en el seno del Padre, ha venido como luz verdadera que ilumina a todo hombre, ha llegado hasta nosotros para dar testimonio de la luz, para dar a conocer a ese Dios entrañable y oculto, al que «nadie vio jamás»<sup>55</sup>.

A eso ha venido Jesucristo, a dar testimonio del Padre a quien sólo

50. Cfr. D. BARSOTTI, *o.c.*, p. 328.

51. Cfr. Jn 4, 14.

52. Cfr. Jn 1, 35s.

53. Jn 18, 20. El término *παρρησία*, *parresía*, se relaciona de ordinario con la predicación, constituyendo así una de sus notas esenciales (cfr. Hch 2, 29; 4, 13. 29. 31; 28, 31). En este pasaje se traduce por públicamente. Sin embargo se puede traducir también por «con franqueza», «con valor», «con audacia», «con libertad», «con independencia». Es decir, la predicación ha de comunicar el Evangelio con claridad y valentía, con todas sus exigencias, guste o no guste a la concurrencia.

54. Cfr. Jn 19, 20.

55. Cfr. Jn 1, 18.

56. Cfr. Mt 11, 27.

Él conoce<sup>56</sup>. Por ello puede afirmar que habla de lo que ha visto, ya que es «el que bajó del Cielo, el Hijo del Hombre»<sup>57</sup>. Por tanto, Jesucristo es presentado por nuestro evangelista como el que revela al Padre, siendo ésta una de las principales características de la cristología joannea. Tanto que, según el IV Evangelio, Cristo es el Sacramento del Padre, su Epifanía. Así dirá Jesús a Felipe que quien le ha visto, ha visto también al Padre<sup>58</sup>.

En el Apocalipsis nos dice San Juan que Cristo es el Testigo fiel<sup>59</sup>. En el IV Evangelio la referencia a la presencia del testigo se subraya una y otra vez. Así vemos que la condición de testigo corresponde también al Padre que da testimonio de Cristo<sup>60</sup>. Lo mismo ocurre respecto del «Espíritu de verdad que procede del Padre» y dará testimonio de Jesús<sup>61</sup>. Según San Juan también las Escrituras dan testimonio de él<sup>62</sup>, así como sus mismas obras, hasta poder decir que si no creen en sus palabras, que crean en sus obras<sup>63</sup>.

Juan el Bautista aparece de ordinario en nuestro evangelio como testigo de Cristo<sup>64</sup>. Nos detenemos en su figura tal como aparece en el IV Evangelio, ya que se presenta, en cierto modo, como el modelo del que anuncia a Cristo. Ya en el Prólogo se dice que vino «a dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos creyeran por él. No era él la luz, sino que vino a dar testimonio de la luz»<sup>65</sup>. Más adelante se repite que «Juan da testimonio de él...»<sup>66</sup>. En la primera semana de la vida pública de Cristo, relatada por nuestro evangelista, Juan el Bautista da testimonio con claridad y valentía, ante unos fariseos enviados por los judíos, proclamando que él no es el Mesías, sino el que preparaba su llegada<sup>67</sup>. Deja claro que no es digno de desatar la sandalia del que está para llegar<sup>68</sup>, que es primero que él y al cual ha de dar paso, para que crezca mientras él disminuye<sup>69</sup>.

El testimonio del Bautista suscita las primeras vocaciones de Cris-

57. Jn 3, 13.

58. Cfr. Jn 14, 19.

59. Cfr. Ap 1, 5.

60. Cfr. Jn 5, 27; 8, 18.

61. Cfr. Jn 15, 26.

62. Cfr. Jn 5, 29.

63. Cfr. Jn 5, 26; 10, 25. 37-38.

64. Cfr. Jn 1, 7. 15. 19. 32. 34; 3, 26; 5, 33.

65. Jn 1, 7.

66. Jn 1, 15.

67. Cfr. 1, 19s.

68. Jn 1, 27. En esta referencia a la sandalia, hay una evocación de la ley del levirato y se insinúa la condición de esposo que tiene Cristo, en paralelismo con la figura de Yahwéh esposo. Más adelante, se vuelve a esta metáfora sponsalicia cuando Juan se considera sólo el amigo del esposo (cfr. Jn 3, 29).

69. Cfr. Jn 1, 30; 3, 30.

to, después de presentarlo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo<sup>70</sup>. También dará testimonio acerca de la presencia del Espíritu Santo en el bautismo de Jesús<sup>71</sup>. En esta sección inicial del IV Evangelio, el Bautista aparece en un primer plano. Con claridad y valentía dice: «... yo vi, y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios»<sup>72</sup>.

Por último, dice Cristo a los apóstoles: «... también vosotros daréis testimonio porque desde el principio, habéis estado conmigo»<sup>73</sup>. El mismo evangelista se presenta a sí mismo como quien da testimonio de lo que ha visto y cuyo testimonio es verdadero<sup>74</sup>.

Dar testimonio, testimoniar, μαρτυρεῖν, *martireîn*, en griego. Ser testigos, *mártires*. Esta es, por tanto, la peculiaridad joannea en la teología de la palabra<sup>75</sup>. Para nuestro hagiógrafo, a la hora de anunciar la buena nueva, de evangelizar, no se trata tanto de predicar como de dar testimonio. De aquí que «para realizar un fructuoso ministerio de la Palabra, el sacerdote tendrá también en cuenta que el testimonio de su vida permite descubrir el poder del amor de Dios y hace persuasiva la palabra del predicador...»<sup>76</sup>. Sin embargo, hay que reconocer que «para Juan y para las comunidades joánicas (predicar y dar testimonio) son dos formas de conducta misionera, que lejos de excluirse se completan mutuamente»<sup>77</sup>. En el fondo es cierto que se trata de lo mismo, de difundir el Evangelio.

Pero la matización de Juan es importante y muy valiosa: la palabra ha de contener unas realidades concretas y ha de ser una palabra refrendada por las obras. El mensajero del Evangelio ha de ser, como Jesucristo, un «Testigo fiel»<sup>78</sup>, capaz de repetir como el Maestro que si no creen en sus palabras, que crean en sus obras<sup>79</sup>. El evangelizador no puede hablar de memoria y de forma rutinaria, sino de modo vibrante, como uno que está persuadido de la verdad que anuncia y que vive, o lucha por vivir, lo que predica.

Todo ello, en cierto modo, es consecuencia de la Encarnación del Verbo, proclamada al inicio del Evangelio. Se trata de una verdad deci-

70. Cfr. Jn 1, 29. 36.

71. Cfr. Jn 1, 32.

72. Jn 1, 34.

73. Jn 15, 27.

74. Cfr. Jn 19, 35; 21, 24.

75. El término μαρτυρεῖν, *martireîn*, como vimos, lo usan Mt y Lc una vez, Mc ninguna y Jn 33.

76. CONGREGACIÓN DEL CLERO, *Directorio para el ministerio y vida de los Presbíteros*, Libreria Editrice Vaticana, 1954, n. 45.

77. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1987, t. IV, p. 74.

78. Ap 1, 5.

79. Cfr. Jn 10, 25. 37-38.

siva en muchos aspectos, entre ellos el de la evangelización. En efecto, para San Juan la predicación ha de estar encarnada, cuajada. Ha de constituir un testimonio fehaciente, una palabra hecha realidad. De esa forma, el trecho del dicho al hecho desaparece, porque el dicho es un hecho: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»<sup>80</sup>.

## CONCLUSIÓN: SER TESTIGOS DE CRISTO

San Juan, aunque no habla de evangelizar, ni usa el verbo predicar, está plenamente convencido de que, lo mismo que Cristo ha sido enviado para revelar al Padre, así ellos, los apóstoles, han sido enviados para continuar esa misión. Lo resume nuestro hagiógrafo cuando dice que ha seleccionado sólo una parte de cuanto hizo y dijo Jesús, para darla a conocer mediante su personal testimonio. Con ello pretende que creamos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo tengamos vida en su nombre<sup>81</sup>.

Como es lógico, obvio podríamos decir, la misión apostólica no se termina con la muerte del último apóstol. Juan, el Discípulo amado, llegó a ser muy anciano y fue el último de los Doce. Es el único Apóstol que, al parecer, no murió martirizado. Sin embargo, no por eso dejó de ser testigo (mártir) fiel del Evangelio.

Este dato implica un aspecto digno de destacar en la conclusión de esta exposición, pues se trata de una realidad que incide en la evangelización, también y de modo especial en la de hoy, ésa que el Papa llama «nueva evangelización»<sup>82</sup>. Una evangelización que han de llevar a cabo no sólo la Jerarquía y los sacerdotes, sino también cuantos han sido bautizados y forman la Iglesia.

Por tanto, el ser testigos (mártires) de Cristo, nos concierne a todos. En la epístola a los Hebreos se habla de una nube de testigos (mártires)<sup>83</sup> que nos rodea y nos estimula a todos. Antes enumera diversos personajes de la Biblia y ninguno de ellos muere martirizado. Sin embargo, cada uno de ellos ha dado testimonio de su fe con su propia vida. Juan Pablo II en la Cont. Apost. *Divinus Perfectionis Magister*, afirma que «Dios concede a su pueblo, en el decurso de la historia, una nube de testigos por los cuales Él se hace presente y nos habla».

80. Jn 1, 14.

81. Cfr. Jn 20, 31.

82. Quizás conviene destacar que la novedad de esa evangelización no está en el contenido, pues el Evangelio siempre es igual. Se trata más bien de un renovar esfuerzos y formas, de renovar sobre todo nuestro celo apostólico, nuestra caridad pastoral.

83. Cfr. Hb 12, 1.